

Tibulo y el problema de la paz

El año 19 a.C. fue aciago y luctuoso para las letras latinas. La muerte arrebató, aunque antes en vida lo tenía hecho de otra suerte la fama en su carro de oro, a Virgilio y Tibulo. Al primero, «padre principal de Occidente», lo hemos recordado en España, si bien tardíamente, el pasado año 1981 que señalaba su glorioso bimilenario, mientras los homenajes a Tibulo han sido parcos y en exceso raros. Tal fortuna ha sido al parecer injusta, como fue su temprana muerte, que así escribió de ésta Domicio Marso en el célebre psicograma funerario:

Te quoque Vergilio comitem non aequa, Tibulle,
mors iuvenem campos misit ad Elysios,
ne foret, aut elegis molles qui fleret amores
aut caneret forti regia bella pede.

Injusta muerte, que detuvo a Tibulo en el año 35 de su vida —*iuvenem*—, pletórico ya de intelectual cosecha, con una breve obra, pero tensa de poética ternura, como hasta aquella hora no fuera percibida en Roma. Con derecho le ponía Ovidio en el canon de los poetas inmortales en *Amores* 1, 15 (*donec erunt ignes arcusque Cupidinis arma, / discentur numeri, culte Tibulle, tui* 26-27); y sobre todo le lloraba en la elegía que le inspiró su misma muerte, ante la cual la propia Venus —dice Ovidio— tan turbada se vio como al perder a su mítico Adonis, destrozado por la dentellada de fiero jabalí (*Amores* 3, 9, 15-16). El elogio de Ovidio, cuarto en la generación de los elegiacos y tan afín a Tibulo (Cf. *Trist.* 4, 10, 53-54), continuaba aquel otro más crítico y, por ello más estimable, de Horacio en su *Carta* 4 del Libro I de Epístolas y en la *Oda* 1, 33, donde se contrasta su teoría

del amor frente a la pasión desesperada e incomprensible de la Elegía.

A través de Horacio sabe vislumbrar la personalidad de aquel poeta, tan semejante a él por la claridad y pureza de estilo (cf. K. Büchner, *Historia de la Literatura Latina*, Barcelona 1968, p. 281). Pero es, con Ovidio y Propercio —todos ellos conducidos por el genial fundador de la Elegía Romana, el desdichado Cornelio Galo—, con quienes Tibulo comparte una concepción de la poesía que iba a constituir la en potencia autónoma del espíritu en Roma, poesía alejada de los programas políticos señalados a la cultura por Augusto y a los que sirvieron con noble convicción Virgilio y Horacio.

Para Tibulo, en cambio, el deseo nostálgico por un mundo mejor de amor feliz y de paz, en contraste con la dura realidad de su presente, así como su relación con el Estado, con el orden nuevo querido por Augusto y con los valores de su nueva moral social, se convierten en verdadero problema, aunque estuviese persuadido de la suprema excelencia y destino de Roma a la que él, poeta de la intimidad, llamó por vez primera *aeterna* (cf. 2, 5, 23: *Romulus aeternae nondum firmaverat urbis / moenia*).

Con creciente y arriesgada independencia intelectual, que a Ovidio acarreó el destierro y muerte en las orillas del Mar Negro, separóse Tibulo de la pública tarea política, refugiándose en su mundo de ensueño y dejando a otros la carrera de los altos honores. A éstos le destinaba su amistad con Mesala Corvino, creador de un círculo literario, dispar en sus propósitos del fundado por Mecenas, procurador romano en Aquitania y en cuya campaña militar tomó parte Tibulo.

Augusto no fue capaz de entender la realidad subjetiva del amor, objetivada en un género de poesía que cantaba el cielo y el infierno del amante, en los que la *domina* es la existencia de la *amada*, mientras en el duro mundo del Imperio está en constante juego y riesgo la seguridad de aquella otra *única señora* y gran amor del César, Roma. Tampoco Cicerón estaba dispuesto a leer a estos líricos, sucesores de Catulo, por más que volviese a nacer y se le diese tiempo para ello. Tan arduamente tuvieron de conquistar un puesto

de honor estos poetas en la sociedad romana atenta a la lectura. Se comprende, al par, que Tibulo no haya mencionado a Augusto ni una sola vez en su obra. Ninguno de sus poemas fue una inmediata poesía de ocasión, en la que la vida de Augusto mereciese recordación honorífica, como ocurrió en los de Horacio.

Pero ¿de qué modo tomó Tibulo parte en el problema de la comprensión y asentamiento de la paz, máxima preocupación de Augusto, sentida asimismo por Virgilio y Horacio?

Tras la victoria de Accio, el 2 de setiembre del 31 a.C., la obra política de Augusto tuvo por meta el aseguramiento de fronteras, sin nuevas campañas expansionistas, la recta administración del Estado y la renovación ético-social, que convirtiesen de hecho la ciudad de Roma en lo que Tito Livio había expresado por vez primera en labios de Aníbal: (Rómulo? *ut mea Roma caput orbis terrarum sit*, 1, 16, 7): *caput orbis terrarum* (cf. 1, 43, 3; 1, 55, 6). «Contra ningún pueblo escribe Suetonio —hizo Augusto la guerra sin justa razón y sin necesidad. Lejos de él estuvo el deseo de cualquier ensanchamiento del Imperio como del acrecentamiento de su gloria guerrera. De este modo hizo jurar a varios príncipes extranejeros, en el templo de Marte, mantener la paz y la amistad que ellos mismos pedían» (*Vita Aug.* 22).

Herederio del exclusivo mandato monárquico de Julio César, y ante la elección alternativa de una política de continuada conquista o de la paz duradera, Augusto se decidió por la Paz, asegurándola en tres líneas de contención: en el Rin, en el Danubio y en el Eufrates. El geógrafo Estrabón, tan sobrio en sus encomios, observa de esta suerte: «Jamás los romanos, junto con sus aliados, habían gozado de una paz tan honda y de un bienestar tal, como Augusto les proporcionó después que tuvo en sus manos el poder sin límites» (6, 4).

No en vano la estatua acorazada, creada según el modelo griego, de la Primaporta plasmó a Augusto no como Marte belicoso, sino cual príncipe de la paz. Y es sentir común de todo el mundo helenístico, si la inscripción de Halicarnaso, cercano ya el nacimiento de Cristo, celebra a Augusto como *Ζεὺς πατρίως*, Zeus de la patria, y como salvador del

género humano. La culminación de este pacífico propósito inspira al Senado Romano la erección de la *Ara Pacis Augustae*, cuando Octavio regresa de España a Roma por la Via Flaminia el 4 de julio del 13 a.C., y puede ser inaugurada el 30 de enero del año 9, precisamente en el cumpleaños de su esposa Livia.

Como el Partenón es el símbolo de la era de Pericles, así es ese altar, ante el cual magistrados, sacerdotes y vestales deberían hacer sacrificios anuales, el de la Roma de Augusto. Su friso, que presentaba el emperador con su comitiva sagrada, a la familia imperial, a la corte y autoridades, representaba el espíritu que él quiso dar a la nueva monarquía del mundo: expresión de alma de una época, de su conciencia pública, de su moderación, de su dignidad y de su solemne y decoroso orgullo romano.

«También la Poesía de la época de Augusto —ha escrito Mommsen— (*Reden*, 177), es una parte de su obra pacífica», de una era que nunca desapareció de la conciencia histórica de Occidente. Así la *Eneida* formuló heroicamente el destino de Roma, desde sus comienzos hasta Augusto, y su imperio universal como clave y cumbre de la Historia de Roma, a la que la historia del mundo conducía por designación divina: Cantar de cantares a la fama de Augusto, en el quicio de los tiempos nuevos, que él trajo como liberación de la angustia y de las criminales guerras civiles.

En auxilio de Augusto llegó también Horacio, que todavía peleaba por la existencia, cuando el rango literario y social de Virgilio estaba asegurado. Pero Horacio, que se batió en los campos de Filipos, no es el cantor de batallas, que siempre rechazó glorificar, aunque no pudiera negarse a celebrar Accio y la victoria de Druso y Tiberio sobre los pueblos alpinos. Fue, sin embargo, heraldo en su tiempo de las viejas virtudes romanas, de la moral de justicia y honradez, impregnadas de filosofía griega, de la clemencia y de la virilidad, de la fidelidad y del pudor, del orden y de la disciplina, piedras angulares de la paz augústea, señalando en su obra poética una forma intelectual de asentir y asentar la concordia de la inteligencia, y dejando apenas espacio a otra poesía objeto de sí misma en el ámbito subjetivo (cfr. *Carmen saeculare*).

Tibulo, en cambio, muerto Catulo el mismo año en que él mismo viera la luz del mundo (54 a.C.), y trágicamente desaparecido Cornelio Galo, es el primero que se pone al servicio único, nuevamente, del dios Amor. Para éste vive, y para su propia poesía. Tibulo es un poeta para quien es casi un culto el amor. Crecido en la generación de las guerras civiles, anhela la soledad bucólica con el ser amado, la paz que no está dictada porque «se perdone a quienes de grado se someten y se debele a los altaneros» como expresó Virgilio (*En.* 6, 853). La paz, asentada sólo en la fuerza de las armas, se convierte para Tibulo un problema. Sólo el amante es realizador de los humanos valores sociales, como dirá más tarde, tras sus huellas, Ovidio, siguiendo a Tibulo: *militat omnis amans* (*Amores* 1, 9).

Tibulo no es el pudoroso aldeano, como Virgilio, ni el orgulloso Lucrecio, que escribe su Poema por recoger la dulce recompensa de la esperada amistad con Memmio, ni como Horacio a quien Mecenas es sostén y sentido de su vida. Tibulo es más independiente. El no vive en la amistad, sino que tiene su centro y norte en el Amor. Con libertad absoluta trata a su principesco amigo Mesala: *non sine me est tibi partus honos*, no sin mí has conseguido honores (1, 1, 19). Su primer poema no es la gratitud bucólica de Virgilio a Augusto, ni el ramo de 17 *Epodos* de Horacio encabezados, como cada una de sus obras, por aquel dedicado a Mecenas en el año de la expedición naval a Accio contra Cleopatra y Antonio (*Epod.* 1, año 31 a.C.).

La Melancólica Musa de Tibulo, como objeto y afirmación absoluta, recibió su iniciación con una queja por el horror de las armas, para acabar con un himno a la *Pax candida*, a la que da el oficio geórgico de cultivar los campos y uncir los bueyes. Causa primera es el obligado acompañamiento del poeta a Mesala, jefe de la campaña militar en Aquitania. Pero donde otros poetas pudieron integrar este motivo en un servicio al Imperio, en una parénesis al estilo de Solón y Tirteo, de Virgilio y Horacio, Tibulo trata de *guerra y paz* de una personal manera, nunca escuchada en Roma antes del año 30 a.C.

El poema emerge de un previo monólogo interior que explota ruidosamente en emoción incontenida:

«¿Quién fue el primero que inventó las espadas horrendas?, para decir en una inmediata sentencia de implacable inhumanidad:

¡Qué salvaje y cuán de vero fue de hierro!

Y ¡qué extraña animación —decimos nosotros— para un soldado luchando en la frontera peligrosa del Imperio! El motivo tradicional del primer inventor, del *πρῶτος εὑρητής*, que tanto preocupó a la mente griega, se vincula con una casi proverbial caracterización. El veredicto se robustece en la triple anáfora sobre lo entonces aparecido: *asesinato, guerra, un camino más corto a la muerte cruel*. La conmoción y excitación de Tibulo recuerda a Horacio (*Carm.* 2, 13), asombrado de aquel primero que, ceñido al pecho triple coraza de roble, insensible confió a la mar el esquiife frágil (*C.* 1, 3). Pero Tibulo se responde al punto: Acaso no se hace justicia al inventor de las armas. Quizá es culpable, como dice la Filosofía, el falso uso de la cosa destinada para algo más útil: la lucha contra salvajes fieras.

¡Cuán lejos esto de aquel patriótico efebo horaciano que aprende a soportar la sobriedad en la *acri militia* (*C.* 3, 2, 2). La verdadera causa del mal atribuido a las espadas se muestra pronto: es el *aurum dives* —se dice en una osada unión de vocablos—, el oro enriquecedor, al que persiguen los hombres, descubriendo en el poder económico el viejo dinamismo histórico del dominio por medio de la guerra.

Tras estas movidas aclaraciones, que tienen por tema los grandes problemas de la técnica y de la inventiva humana, pero que no explican definitivamente por qué el oro ha de ser culpable, el pensamiento pasa a un cuadro —por antítesis—, en el que no había guerras. Es una *contraposición* simplemente yuxtapuesta, pero fundamendante. Pero en vez de ofrecerse la razón histórica y antropológica, tan típica de la reflexión horaciana, se descorre sencillamente el cuadro del que pende todo el amor y alma del poeta: No había guerras cuando el sencillo vaso de haya presidía la mesa. Y no había otras tantas cosas: torres ni empalizadas. Símbolo positivo de la paz es la imagen bucólica del pastor buscando su reposo, sin temores, entre sus ovejas de pintado vellón. Es la Paz de la Edad de Oro, que había

hecho clásica Virgilio en la *Egloga* 4 compuesta diez años antes del poema tibuliano año (40 a.C.). Se trata de un contrafuerte a la dura realidad presente del poeta y no tan alejado que pudiera impedir a Tibulo expresar su deseo de haber querido nacer en ese tiempo:

Entonces debí yo vivir, y no haber conocido
las armas tristes de la masa, ni oído sonar
el clarín con pecho tembloroso.

Su pensamiento se ha levantado a un anhelo irreal. No podemos ignorar la fuerza del cuadro pacífico, con sus idílicas negaciones. Frente a lo siguiente: la seguridad... junto al corazón aterrado, el pastor entre las ovejas y el poeta en medio de otra horda armada. De este vuelo al deseo irreal se hace más terrible su situación presente: *nunc ad bella trahor!* Y acaso el enemigo tiene ya dispuesto el dardo, que ha de hundir en su flanco. Aquí se revela que Tibulo habla en una situación concreta: ha de ir a la guerra. Es un acto obligado, pero forzado: *soy arrastrado*.

La heroica voluntariedad del viejo *miles romanus* al servicio del Imperio queda desenmascarada, desmitificada. Y en esa situación se dirige el poeta y pide protección a los dioses domésticos heredados, a los Lares. Es como una oración y, en cuanto tal, fundamentada en que el poeta creció bajo su amparo cuando, como tierno niño, jugaba ante la presencia de ellos. Un sentimiento infantil, impregnado de protegida intimidad, colma su recuerdo en oposición a los peligros de ahora, pero al mismo tiempo es insoslayable el asombro sobre sí mismo, la sorpresa de que él, Tibulo, que en la cohorte de Mesala se encamina a la lucha, busque auxilio y consuelo en esos viejos dioses de la casa, hechos de un trozo de madera. Con ellos habla el poeta en humor confiado, al estilo de la más fina *priapea*: no deben avergonzarse por ello, que tienen la morada noble del abuelo y de los antepasados, insertos en la histórica solidaridad del pasado con el presente, en la vieja autenticidad de la familia romana. *Priscus* —venerable por su antigüedad—, se llama con orgullo religioso a ese trozo de madera. Esa antigüedad es signo de una mayor proximidad a lo divino.

En esta oración a los dioses ha abrazado Tibulo lo mucho que había de común entre ellos y su culto con aquel tiempo inalcanzable, anterior a la invención de las armas: a saber, la confiada fidelidad en el trato de las personas, la moderación, la seguridad en el cumplimiento de la súplicas, el encanto de las ofrendas al dios por medio del padre y de la hijita. En sensibles pinceladas de escenas sencillas y concretas, en una evocación de Lirica objetiva, tan dominante en la poesía latina, renace aquel sano y limpio mundo de la ancestral rusticidad de Tibulo.

Pero es éste un cuadro frágil, que el mismo poeta rompe súbitamente. Mas no como en el caso primero, cuando después del deseo irrealizable se alzaba la actualidad desconsolante, sino que ahora se torna de nuevo con acrecentada confianza a los Lares. Ellos deben apartar de él las armas, esas armas de sorda resonancia bronceína —*aerata*— que acuñó la Epica de Ennio glorificadora de la guerra. En pago tendrán una ofrenda y víctima campesina, como a ellos corresponde. Ella es —se dice con suave sonrisa— un poco mayor que la tarta sacrificial y que el panal de los inominados habitantes de la finca: una cerda. Y coronado de blanco mirto —como suele coronarse un niño inocente— Tibulo irá tras la víctima a dar solemnes gracias. De modo insospechado corren la mirada y el corazón del pasado y del presente doloroso a un futuro agradecido. Tibulo se contempla ya salvado, llevando sus dones a los Lares. Más que un deseo, parece una decisión tomada. La evocación poética se trasfunde a la realidad adelantada.

Ahora, al fin, puede el poeta tratar de inaceptable, inadecuada, la forma de vida a que se ve arrastrado: que otro sea el valiente con las armas, que lleve a cabo grandes hazañas de guerra, y que le cuente a él, junto a un vaso de vino, las acciones heroicas y aun le dibuje con vino sobre la mesa el campo de batalla. El poeta en casa, privatizando, recibe la visita del héroe que bebe y le cuenta y le traza estrategias de mesa.

¡Qué lejano queda todo esto de aquel que tiene de salir para Aquitania en armas! Sólo así, en cuanto conocimiento y revelación existencial nueva, puede tener efecto lo que sigue, y no como un mero sentimiento brotado antes de

partir a campaña. Se trata de los versos 33 al 44, en los que se fustiga esa locura de adelantar la muerte por la guerra y se encomia a quien puede morir en ancianidad copiosa. Muchos han hablado aquí de diatriba cínica. Pero en realidad no es esto predicación de filosofía popular, sino conocimiento descubierto por la genialidad poética que ama la Paz por sí misma, condena la guerra sin más, pese a quien pese, aunque sea al Imperio, y se relaciona con la vida personal, con el mismo poeta. La guerra es *furor*, locura, porque trae la muerte, sin contemplación, remota siquiera, a la guerra justa. Aquí no cabe el *dulce et decorum pro patria MORI* horaciano del año 27 (C. 3, 2, 13).

La guerra es la nada absurda. El poeta tiene, para decirlo, realidades concretas de la vida genuinamente romana, de su primera cultura: no hay campos de mieses, ni cultivo de la viña; es la muerte del pan y del vino, sustanciales alimentos. Es este el marco real y la réplica terrena de aquel otro de los terrores míticos que plastifican la muerte: allí, en el inframundo, perdida la vida, va errante la pálida muchedumbre, las almas de mejillas perforadas, si heridas en la guerra, de cabellos abrasados, si ardieron en la pira.

A ese *furor* se contraponen aquel hombre que no muere heroicamente matando y al que aguarda la feblez de la ancianidad: la *pigra senectus*, pero que es digno de alabanza. Pues él ha verificado el *sentido* de la existencia, sazónada en el tiempo, en lugar de *furor*. No sólo porque continúa viviendo en sus hijos —*prole parata*—; pues en su vejez sigue aún a sus ovejas, mientras el hijo anda tras los corderos. De nuevo un cuadro sobriamente dibujado con leve sonrisa resignada: todavía hay fuerzas en él para ir tras las ovejas, que con los retozones corderos va saltando el hijo pequeño. Y al atardecer, cuando a casa regresa fatigado, la esposa le prepara agua caliente para el baño.

Es todo esto lo que para Tibulo merece vivirse, lo que encierra mayor sentido. Aquí se corrobora el pensamiento de la elección de vida, encrucijada de poetas. Hasta ver su frente encanecida quisiera Tibulo vivir así: *sic ego sim*. Y, mirando pasado tiempo, poder hablar de su experiencia. No como soldado, sino como padre de familia y hombre de la Paz. De este modo el motivo del soldado fanfarrón se

transforma en profunda realidad humana. A la vista de la muerte se planteó Tibulo la pregunta por el *sentido*, y se decide *por la vida*, por una vida de relaciones sencillas, transparentes, naturales, más humanas, simbolizadas en la vida del pastor en el campo, de un mundo de la Paz.

Esta Paz, tajantemente afirmada contra la literatura contemporánea de la guerra, entra ahora en escena con fuerza mayor. Entre tanto, dice el poeta, la paz debe cultivar los campos. ¿Quiere decir entretanto —*interea* del verso 46— hasta ese momento deseado que, con pensamiento previsor, había evocado y anhelado a aquella ancianidad pacífica? En realidad se trata de un fugaz recuerdo de su situación actual: *entre tanto*, hasta que él supere ese tiempo de milicia, la vida debe continuar su pleno sentido en el campo. Es una *afirmación de aldea* y de vida desde el horror de las armas. Todo ello se expresa lacónicamente. La Paz aparece como posible personificación, pero no como diosa. Todavía no.

Anafóricamente se atribuyen a ella rendimientos benéficos, muestras relevantes de vida: la paz unció los bueyes al arado, la paz hizo crecer la viña y conservar los caldos en tinajas, para que de ellas pueda sacar copiosamente el hijo. En la paz aparecen refulgentes los aperos de campo, al par que el robín se apodera de las armas. La ausencia de un *tu himnico* a la Paz impide que trascribamos *pax* con mayúscula, puesto que no se refiere a una diosa. Es la paz por oposición a la guerra. Y no es tanto la *paz romana* del orden y de la moderación el pensamiento aquí dominante, sino la *eiréne griega*, captada en la poesía helenística como estado habitual, tal como antes la vio Hesíodo, y renacida de la nostalgia de Tibulo, ahora entregado a los peligros de la guerra y a la inhospitalidad de los cuarteles.

Con un *sed* del verso 53 se interrumpe esta descripción. Una continuidad habría sido poco problemática y habría roto la economía poética del elegíaco. Pero la idea de las luchas —*proelia*— que vinieron al hombre con la invención de las espadas, no halla todavía reposo. Aunque ahora son otra clase de luchas las que hay que emprender con ardor: los *proelia Veneris*. Por causa de ellas se lamenta la amada de su peinado deshecho, de las puertas de su casa rotas,

hasta de golpes recibidos en propia carne. Pero el vencedor no se proclama triunfante, no habla de acciones heroicas. Antes bien llora de que sus manos —como si él no hubiese sido— hayan tenido tanta fuerza en su locura. El mismo Amor suministra aún duras palabras en la riña y, sin sentimientos —*lentus*—, insensible, toma asiento entre los dos enojados. Malo es ello. Pero Amor y Venus, no el oro, como antes, son culpables. Estamos en el humanísimo campo del corazón deseoso y nunca saciado.

Pero también aquí quiere el poeta suavizar. Un «*¡ay de aquel!*», pronuncia aquí Tibulo. *Piedra y hierro* es quien golpea a la amada, no de otra suerte que quien forjó la primera espada. Y lleno de humor pone un límite: **baste** desgarrar el vestido, estropear el peinado y hacerla llorar. Y hasta una respetable y nunca oída fórmula de bienaventuranza destaca a aquel ante cuyo enojo puede llorar la amada en su deseo de armonía. Mas quien golpea brutalmente, —resuena ahora el tema del duro soldado por vez postrera—, ese debe embrazar el escudo y pica —*scutumque sudemque*, se dice en una vigorosa aliteración descriptiva—, alistarse a las armas y alejarse de la mansa Venus. Amor y guerra —o brutalidad— aparecen en conflicto al final como últimas e irreducibles esencias de la vida.

El pensamiento podría seguir. Pero Tibulo está en la Estética helenística del poema corto, se interrumpe y se dirige líricamente a sí mismo. La Paz es algo divino. A la Diosa de la Paz —enemiga de Marte y deidad de los amantes— pide que acuda a él, en benéfica epifanía, como se representaba a Deméter o Ceres, con la espiga en la mano y los senos del níveo peplo rebosante de manzanas. Esta anhelante súplica a la divinidad, a la que Tibulo se siente ligado, serena la mente del poeta. Lejanos quedan ahora los pensamientos de muerte, las horrendas espadas, sostenedoras de fronteras. La Paz es la última palabra de Tibulo.

Cuestión fundamental de la interpretación tibuliana ha sido siempre si sus poemas tienen una meta clara, o son más bien producto de un efluvio de pensamientos de difícil orientación y asiento en una estructura unitaria, clave del arte. Lo que en mi opinión se muestra incontrovertible, y no bien clarificado hasta ahora, es una intemporal toma

de postura —válida para todo tiempo, sustancia de toda verdad humanística— frente a dos formas antitéticas de vida y frente a aquello que va vinculado a ellas: cuanto lleva a la *atra mors* a un lado y, al otro, la pacífica vida familiar y el natural envejecer en armonía con el mundo. A esta última se adhiere el poeta *incondicionalmente*, sin llevar su reflexión al necesario fortalecimiento de fronteras por medio de las armas ni a la proclamación de la majestad del nombre romano ante otros pueblos, como hicieron otros poetas de su tiempo.

El pasado y el presente se integran armónicamente en Tibulo en una visión de futuro pacífico, tierra donde el amor florece. La única disarmonía aquí legítima es la inevitable riña en los dulces y amargos amores, que él exige exentos de brutales gestos. En esa Paz, como idea unitaria, a través de una incesante curva de pensar y sentir, que asoma una y otra vez en la estructura poética, se funden las realidades más dispares. Y de todas ellas sale robustecida su afirmación de la Paz, de la Paz en sí, destello necesario de la esfera divina.

Los responsables de las seguridades armadas del Imperio no habrán salido de su asombro, si es que a sus manos llegó el poema tibuliano. En él se reveló una vez más la Poesía como más filosófica, más seria y más humana que la misma realidad histórica, que la Historia. La afirmación de la Paz, sin distinción alguna, es una conquista humanística para todo tiempo. En el nuestro, tan a riesgo de aniquilación por fuerza de otras armas más terribles que las horrendas espadas, la voz de Tibulo, recordado en el bimilenario de su muerte, tiene aún el calor y la urgencia del profeta, del revelador de verdades:

*¡A nosotros ven, Paz bienhechora, con la espiga en tu mano,
y tu niveo seno derrame antes su lluvia de manzanas!*

¡Manzanas, el viejo símbolo de los enamorados!

ALFONSO ORTEGA
Universidad Pontificia de Salamanca